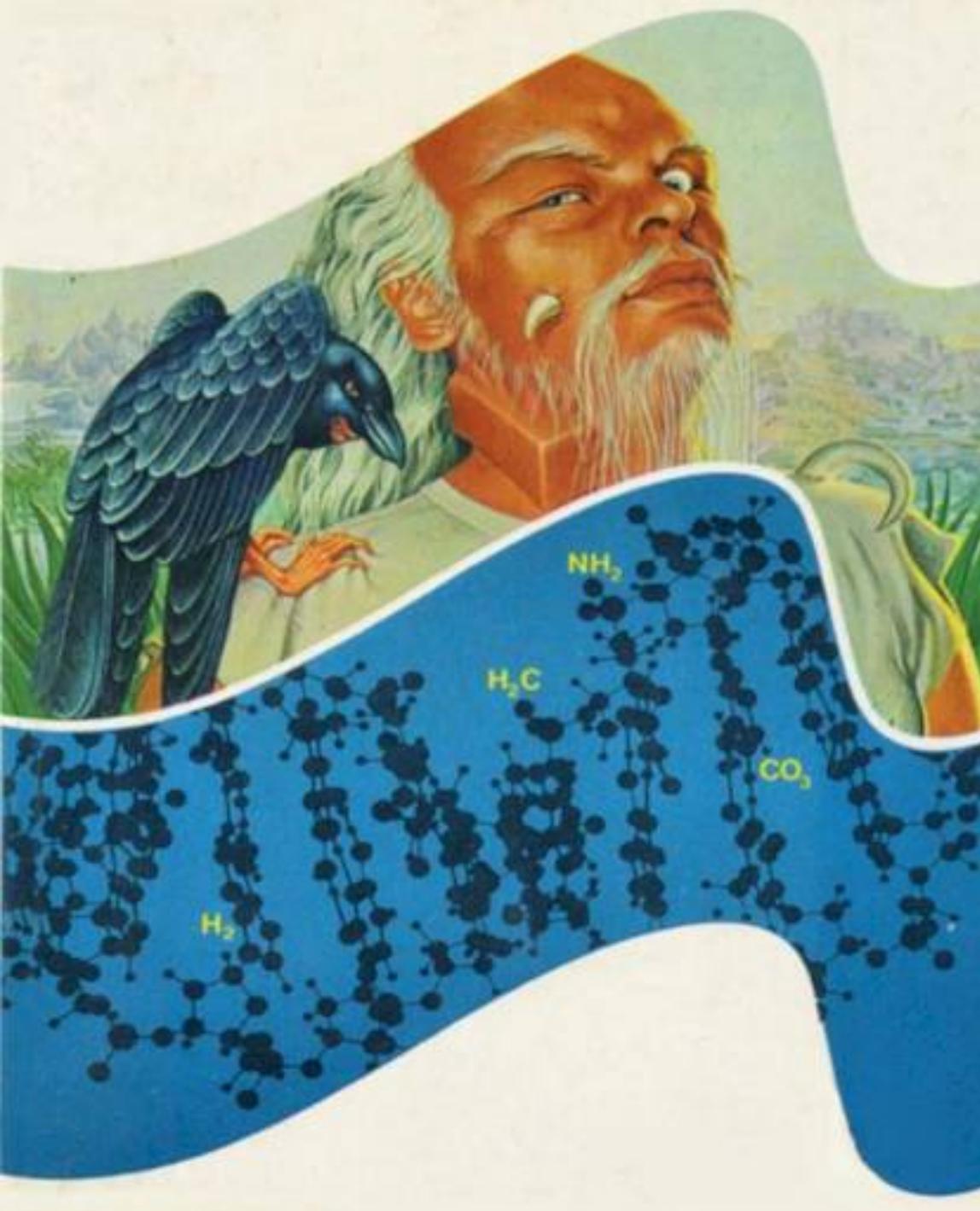


Barbagrís

BRIAN W. ALDISS



En el año 2029 Barba Gris, a sus cincuenta y cinco años es todavía un joven entre los supervivientes de la catástrofe atómica de 1981... Aniquilada la civilización actual, la Humanidad, incapaz de reproducirse por los efectos de la radiación nuclear, arrastra una existencia miserable. Solo Barba Gris y Martha mantienen una esperanza que parece materializarse en el tierno y poético desenlace.

A Cindy y Wendy
con todo cariño, esperando que algún día entien-
dan
qué se oculta detrás de este relato

1. El río: Sparcot

El animal se abrió paso entre las quebradas cañas. No iba solo; su compañera lo seguía, llevando detrás a sus cinco retoños, que no querían perderse la caza.

Los armiños atravesaron un arroyo. Salieron del agua helada y se internaron entre las cañas de la orilla, con el cuerpo pegado al suelo y el cuello estirado, imitando a su padre los más jóvenes. El padre observó con impersonal apetito a los conejos que estaban buscando comida a pocos metros de distancia.

Aquello había sido, en otro tiempo, un fértil trigal. Aprovechándose de un período de negligencia, la maleza se había desarrollado extraordinariamente, impidiendo el crecimiento del cereal. Después, un incendio asoló la zona, quemando los cardos y las gigantescas hierbas. Los conejos, que prefieren la vegetación baja, se trasladaron allí, alimentándose de los frescos brotes verdes que surgían de las cenizas. Los brotes que sobrevivieron a este proceso de devastación se encontraron con un amplio espacio donde crecer, y habían llegado a convertirse en jóvenes arbolitos de tamaño considerable. Por consiguiente, el número de conejos disminuyó, ya que a estos les gusta el terreno abierto; de forma que la hierba tuvo la oportunidad de regresar. Ahora bien, la hierba también tuvo que rendirse ante el continuo avance de las hayas. Los escasos conejos que allí brincaban estaban muy delgados.

Eran animales muy cautelosos. Uno de ellos vio los brillantes ojos que les observaban desde los juncos. Echó a correr en busca de un refugio y los demás le siguieron. Los

armiños adultos iniciaron en seguida la persecución, rozando apenas el suelo con sus ágiles patas. Los conejos se metieron en sus madrigueras. Los armiños les siguieron sin vacilar. Podían ir a cualquier parte. El mundo —aquella minúscula fracción del mundo— les pertenecía.

No muy lejos de allí, bajo el mismo cielo invernal y a la orilla del mismo río, la selva había sido despejada. En la selva aún se discernía una misma configuración; ya no era una configuración válida, y por eso se desvanecía año tras año. Grandes árboles, de alguno de los cuales todavía colgaba alguna hoja ocre, señalaban la posición de antiguos setos. Encerraban vastas extensiones de vegetación que en otro tiempo fueron campos: zarzas que desgarraban la tierra como oxidados alambres de púas en su avance hacia el centro de los campos; y saúcos, y espinosos brezos, así como una robusta vegetación de árboles jóvenes. A lo largo del borde del claro, estos indisciplinables setos habían sido utilizados como empalizada contra la maleza en un arco amplio y desigual, protegiendo de esta forma un área de algunos centenares de acres, que tenía su lado más largo junto al río.

Vigilaba la burda empalizada un anciano que vestía una camisa a rayas naranjas, verdes, rojas y amarillas. La camisa era la única nota de color en aquel desolado paisaje; estaba hecha con la lona de una silla.

A intervalos, la barrera de vegetación se veía interrumpida por algunos caminos abiertos en ella. Los caminos eran cortos y terminaban en toscas letrinas, consistentes en unos agujeros excavados en la tierra y cubiertos con alquitranado o una tabla de madera. Esta era la instalación sanitaria del pueblo de Sparcot.

El pueblo se encontraba a la orilla del río, en medio del claro. Había sido construido —aunque quizá fuera más exacto decir que se había acumulado en el curso de los siglos— formando una H, cuya barra perpendicular conducía a un puente de piedra sobre el río. El puente aún atravesaba

ba el río, pero solo conducía a un bosquecillo de donde los aldeanos obtenían la mayor parte de la leña.

De las dos carreteras más largas, la que estaba más cerca del río fue la destinada a servir únicamente para las necesidades del pueblo. Seguía haciéndolo; conducía al viejo molino de agua donde vivía Big Jim Mole, el amo de Sparcot. La otra vía fue, en otros tiempos, una carretera principal. Cuando las casas desaparecieron, solo desembocaba en la abundante vegetación cercada; allí se arrastraba como una serpiente en la boca de un cocodrilo y acababa siendo devorada por el peso de la vegetación.

Todas las casas de Sparcot mostraban signos de abandono. Algunas estaban en ruinas; algunas eran reliquias inhabitables. Ciento doce personas vivían en la aldea. Ninguna de ellas había nacido en Sparcot.

En la intersección de dos carreteras se levantaba un edificio de piedra que había servido como oficina de correos. Las ventanas del piso superior dominaban el río, en una dirección, y la tierra cultivada y selvática, en otra. Este era ahora el cuartel de la guardia del pueblo, y, como Jim Mole había insistido en la necesidad de tener un guardia fijo, se hallaba habitada.

Había tres personas sentadas o recostadas en la vieja y destartalada habitación. Una anciana, de más de ochenta años, sentada junto a un hornillo, canturreaba para sí y meneaba la cabeza. Acercó las manos al hornillo, en el que estaba calentando un poco de caldo en un plato de hojalata. Como los demás, iba muy abrigada para protegerse del frío invernal que el hornillo no lograba atenuar.

De los hombres presentes, uno era extremadamente anciano en apariencia, aunque sus ojos brillaban. Estaba acostado sobre un jergón que había en el suelo, mirando nerviosamente a su alrededor, observando el techo como si quisiera averiguar el significado de sus grietas, o las paredes cubiertas de manchas de humedad. Su rostro, agudo como el de un armiño debajo de la barba, tenía una expre-

sión irritada, pues el canturreo de la anciana le crispaba los nervios.

Solo el tercer ocupante de la casita estaba debidamente en guardia. Era un hombre de buena complexión, de unos cincuenta años, sin barriga, pero tampoco tan extremadamente delgado como sus compañeros. Estaba sentado en una crujiente silla frente a la ventana, con el rifle al alcance de la mano. A pesar de que leía un libro, alzaba frecuentemente la vista, y dirigía la mirada hacia la ventana. Con una de esas ojeadas, vio que el vigilante de la llamativa camisa se aproximaba por los pastos.

—Ya viene Sam —dijo.

Dejó el libro mientras hablaba. Su nombre era Algy Timberlane. Llevaba una abundante barba grisácea que le llegaba casi hasta el ombligo, donde había sido cortada en línea recta. A causa de esta barba, se le conocía como Barbagrís, a pesar de vivir en un mundo de barbas grises. Pero su alargada y casi calva cabeza prestaba énfasis a la barba, y su textura, dividida como estaba por barras de cabello negro que le nacían en la mandíbula y se iban difuminando a medida que descendían, la hacía particularmente notable en un mundo que ya no podía permitirse el lujo de otras formas de adorno personal.

Cuando habló, la mujer dejó de canturrear sin dar muestras de haberle oído. El hombre del jergón se incorporó y apoyó una mano sobre la estaca que yacía junto a él. Torció el rostro, y agudizó la mirada para escudriñar el reloj que sonaba ruidosamente encima de un estante; después consultó su reloj de pulsera. Este destartado y antiguo recuerdo de otro mundo era la posesión más querida de Towin Thomas, a pesar de que no funcionaba desde hacía una década.

—Sam ha dejado la guardia muy temprano, con veinte minutos de adelanto —dijo—. ¡El muy zorro! Siempre tiene hambre, con esos paseos de un lado a otro. Será mejor que

vigiles tu picadillo, Betty; soy el único en querer coger una indigestión con esa bazofia, jovencita.

Betty meneó la cabeza. Tanto podía ser un tic nervioso como una negación a todo lo que el hombre del garrote pudiera decir. Siguió calentándose las manos al fuego y no se molestó en volver la cabeza.

Towin Thomas cogió la estaca y se puso trabajosamente en pie, con la ayuda del palo. Fue a reunirse con Barbagrís junto a la ventana, escudriñando el exterior a través del sucio cristal, que limpió con la manga.

—Ahí está Sam Bulstow. Su camisa es inconfundible.

Sam Bulstow bajaba por la calle. Cascotes, baldosas rotas y escombros yacían sobre el pavimento; romaza e hinojo —mortificados por el invierno— brotaban de ruinosas verjas. Sam Bulstow andaba por el centro de la carretera. Ya hacía varios años que el tráfico se hallaba reducido a escasos peatones. Giró a la derecha al llegar a la oficina de correos, y los espectadores oyeron sus pasos sobre los tablores de la habitación inferior.

Sin agitación de ninguna clase, le oyeron subir las escaleras: los gemidos de los peldaños desnudos, el chirrido de una palma callosa sobre el pasamanos, los esfuerzos de unos pulmones para los cuales cada escalón era una dura prueba.

Finalmente, Sam apareció en el cuarto de la guardia. Las alegres rayas de su camisa prestaban algo de su color a la barba blanca que cubría sus mandíbulas. Se quedó mirándoles unos minutos, apoyado en el marco de la puerta, para recobrar el aliento.

—Llegas pronto, si lo que quieres es cenar —dijo Betty, sin volver siquiera la cabeza. Nadie le prestó atención, y ella agitó sus pelos de rata con desaprobación.

Sam permaneció donde estaba, mostrando sus dientes amarillos y pardos en una sonrisa.

—Los escoceses se están acercando —dijo.

Betty giró rígidamente el cuello para mirar a Barbagrís. Towin Thomas adoptó su astuta expresión de lobo viejo y miró a Sam con ojos penetrantes.

—Quizá quieran tu empleo, Sammy —dijo.

—¿Quién te ha informado de ello? —preguntó Barbagrís.

Sam entró lentamente en la habitación, lanzando una breve mirada al reloj mientras lo hacía, y bebió un trago de agua de una abollada lata que había en un rincón. Se sentó en un taburete de madera, acercó las manos al fuego y, como hacía siempre, se tomó su tiempo antes de contestar.

—Acabo de cruzarme con un buhonero que iba por la barricada norte. Me ha dicho que se dirigía a Faringdon. Dice que los escoceses han llegado a Banbury.

—¿Dónde está ese buhonero? —preguntó Barbagrís, sin apenas levantar la voz, y simulando mirar por la ventana.

—Ha seguido su camino, Barbagrís. Dijo que iba a Faringdon.

—¿Pasando por Sparcot sin detenerse a vendernos algo? No es muy verosímil.

—Yo solo te repito lo que me ha dicho. No me hago responsable de él. Lo único que sé es que el viejo amo Mole tendría que saber que los escoceses se acercan, eso es todo. —La voz de Sam había adoptado el irritable gemido que todos usaban de vez en cuando.

Betty volvió a acercarse al hornillo. Dijo:

—Todos los que vienen aquí traen rumores. Si no son los escoceses, son manadas de animales salvajes. Rumores, rumores... Es igual que en la última guerra, cuando no paraban de decirnos que iba a haber una invasión. Yo comprendía muy bien que solo querían asustarnos, pero me asustaba de todos modos.

Sam interrumpió sus murmullos.

—Rumores o no, yo me limito a repetir lo que el hombre ha dicho. Me ha parecido que debía subir a contároslo. ¿He hecho bien o no?

—¿De dónde venía ese tipo? —preguntó Barbagrís.

—No venía de ningún sitio. Se dirigía hacia Faringdon.
—Celebró su propia broma con una sonrisa perruna, y recibió una sonrisa parecida de Towin.

—¿No ha dicho dónde había estado? —inquirió pacientemente Barbagrís.

—Ha dicho que venía de río arriba. Según él, hay muchos armiños que siguen este mismo camino.

—Eh, este es un rumor que ya habíamos oído antes —dijo Betty para sí, meneando la cabeza.

—Más vale que cierres el pico, mujer —dijo Sam, sin rencor.

Barbagrís asió el rifle por el cañón y avanzó hacia el centro de la estancia, hasta quedar frente a Sam.

—¿Es eso todo, Sam?

—Escoceses, armiños... ¿qué más quieres de un solo vigilante? No he visto ningún elefante, si eso es lo que deseas saber. —Esbozó una de sus características sonrisas, y volvió a mirar a Towin Thomas en demanda de aprobación.

—No eres bastante listo para reconocer a un elefante aunque lo vieras, viejo Sam —dijo Towin.

Haciendo caso omiso de este intercambio de palabras, Barbagrís dijo:

—De acuerdo, Sam, vuelve a tu trabajo. Aún faltan veinte minutos para que seas relevado.

—¿Volver a mi trabajo durante otros asquerosos veinte minutos? ¡Ni lo pienses, Barbagrís! Me he pasado la tarde ahí afuera y ahora estoy muy bien sentado en este taburete. ¿Qué son veinte minutos? Nadie va a invadir Sparcot, a pesar de lo que Jim Mole pueda creer.

—Conoces los peligros tan bien como yo.

—Sabes perfectamente que no me harás entrar en razón, por lo menos mientras me duela la espalda. Estas malditas guardias se repiten demasiado a menudo para mi gusto.

Betty y Towin guardaron silencio. El último lanzó una ojeada a su estropeado reloj de pulsera. Tanto Betty como él, al igual que todos los demás habitantes del pueblo, comprendían la necesidad de una guardia continua, pero mantuvieron los ojos fijos en las desiguales tablas del suelo, pues conocían el esfuerzo requerido para que unas piernas viejas subieran y bajaran las escaleras o hicieran la ronda del perímetro más veces de las necesarias.

La ventaja se hallaba de parte de Sam, y este se dio cuenta de ello. Encarándose con Barbagrís, le espetó:

—¿Por qué no me relevas durante esos veinte minutos, si tienes tanto interés en defender este basurero? Eres joven... no te irá mal estirar las piernas.

Barbagrís se colgó el rifle al hombro y se volvió hacia Towin, que dejó de mordisquear el borde de la estaca para mirarle.

—Toca el gong de alarma si quieres que vuelva a toda prisa, pero no en otro caso. Recuerda a la vieja Betty que no es el gong de la cena.

La mujer refunfuñó al dirigirse hacia la puerta, abrochándose la holgada chaqueta.

—Tu comida ya está lista, Algy. ¿Por qué no te quedas a tomarla? —preguntó.

Barbagrís dio un portazo sin contestar. Los demás oyeron sus pasos descendiendo las escaleras.

—No se lo habrá tomado a mal, ¿verdad? No Me denunciará al viejo Mole, ¿verdad? —preguntó ansiosamente Sam. Los otros murmuraron algo que en nada les comprometía y se replegaron sobre sí mismos; no querían verse mezclados en ningún problema.

Barbagrís avanzó lentamente por el centro de la calle, evitando los charcos que aún quedaban de la tormenta de hacía dos días. La mayor parte de los desagües y canales de Sparcot estaban obstruidos; pero el agua se mostraba

reacia a irse de allí a causa del carácter pantanoso de la tierra. En algún lugar río arriba, los escombros bloqueaban el río, y hacían que se desbordara. Debía hablar con Mole; era necesario organizar una expedición para inspeccionar el problema. Pero Mole se estaba volviendo cada vez más pendenciero, y su política de aislacionismo se opondría a dejar salir a nadie del pueblo.

Decidió caminar junto al río y seguir después rodeando el perímetro de la empalizada. Pasó junto a un hermoso saúco, y aspiró el dulce y melancólico aroma del río y todo lo que crecía junto a él.

Varias de las casas que se alzaban en la orilla habían sido devoradas por el fuego antes de que él y sus compañeros fueran a vivir allí. La vegetación proliferaba dentro y fuera de sus paredes. En una verja trasera que yacía desmayadamente sobre la larga hierba, se desdibujaban las letras que proclamaban el nombre de la vivienda más próxima: Thameside.

Un poco más lejos, las casas no habían sufrido el embaite del fuego y estaban habitadas. La propia casa de Barbagrís se encontraba allí. Miró todas las ventanas, pero no vio ni rastro de su esposa, Martha; debía estar tranquilamente sentada al lado del fuego con una manta sobre los hombros, contemplando el hogar y viendo... ¿qué? De pronto, una inmensa impaciencia se adueñó de Barbagrís. Aquellas casas eran un pobre racimo de edificios que se arrimaban unos a otros como una manada de cuervos con las alas rotas. A la mayoría de ellos les faltaba la chimenea o canales de desagüe; todos los años se encogían de hombros un poco más, a medida que los caballetes del tejado se hundían. Y, en general, la gente encajaba muy bien en ese aire de ruina. Él, no; y tampoco deseaba que lo hiciera su Martha.

Deliberadamente, refrenó sus pensamientos. La cólera era inútil. Consideraba como una virtud el hecho de no encolerizarse nunca. Pero la verdad es que anhelaba la liber-

tad que había más allá de la contaminada seguridad de Sparcot.

Después de las casas venía la tienda general de Toby — un edificio más nuevo y de mejor aspecto que la mayor parte— y los graneros, desgarradas estructuras que conmemoraban la falta de habilidad con que fueron construidos. Más allá de los graneros estaban los campos, preparados para afrontar las heladas del invierno; escamas de agua brillaban entre los surcos. Más allá de los campos se alzaban los bosquecillos que marcaban el término oriental de Sparcot. Más allá de Sparcot se encontraba el inmenso y misterioso territorio que era el valle del Támesis.

Un poco más allá de los límites del pueblo, un viejo puente de ladrillos con un arco medio derruido amenazaba el río, y sus restos se parecían a los cuernos de un carnero que se unieran en la vejez. Barbagrís se detuvo a contemplar el puente y la pequeña esclusa que había al otro lado —por aquel lado se hallaba todo lo que, en aquellos días, pudiera incluirse dentro del nombre de libertad— y después se alejó para vigilar la empalizada.

Con el rifle cómodamente sujeto debajo del brazo, inició su caminata. Miró hacia el otro lado del claro; estaba desierto, aparte de dos hombres que hablaban en medio del ganado y una figura encorvada en la parcela de coles. El mundo casi le pertenecía; y año tras año le pertenecería más.

Tascó el freno de su imaginación en ese pensamiento, y empezó a concentrarse en lo que Sam Bulstow había comunicado. Probablemente era una invención para ahorrarse veinte minutos de vigilancia. El rumor concerniente a los escoceses sonaba improbable; aunque no menos improbable que otros cuentos traídos hasta allí por los viajeros: que un ejército chino marchaba sobre Londres, o que gnomos, duendes y hombres con horribles caras habían sido vistos

bailando en el bosque. El terror y la ignorancia parecían aumentar año tras año. Sería conveniente saber lo que realmente ocurría...

Menos improbable que la leyenda de los escoceses era el cuento de Sam acerca del extraño buhonero. Por mucho que se espesaran los bosquecillos, había muchos senderos que los atravesaban, y los hombres que viajaban por esos senderos, a través del aislado pueblo de Sparcot, no veían gran cosa más que el tráfico que subía y bajaba por el Támesis. Bueno, debían mantener la vigilancia. Incluso en aquellos días más pacíficos —«la apatía que traía consigo la paz perfecta», pensó Barbagrís, sin saber por qué se le ocurría eso—, los pueblos que no estaban en guardia podían ser invadidos y asolados en razón de sus provisiones alimenticias, o únicamente por la violencia misma. Era lo que todos creían.

En aquel momento pasaba entre un gran número de vacas atadas, que pastaban individualmente alrededor del desigual radio de sus ronzales. Constituían la nueva raza, pequeña, robusta, rolliza y llena de paz. ¡Y jóvenes! Jóvenes criaturas que vigilaban a Barbagrís con ojos húmedos, criaturas que pertenecían al hombre, pero no compartían su decrepitud, criaturas que mantenían la hierba a la altura de los endebles matorrales de zarzas.

Vio que uno de los animales cercano a las zarzas tiraba fuertemente del cabestro. Meneaba la cabeza, hacía girar los ojos, y mugía. Barbagrís aceleró el paso.

No parecía haber nada capaz de asustar a la vaca excepto un conejo muerto junto a las zarzas. A medida que se acercaba, Barbagrís inspeccionó al conejo. Estaba recién muerto. Y aunque estaba completamente muerto, le pareció que se había movido. Siguió examinándolo con detenimiento, mientras un ligero hormigueo de inquietud le subía por la espalda.

No había duda de que el conejo estaba muerto, y la causa era una herida en la nuca. Tenía la nuca y el ano cu-

biertos de sangre, y los ojos vidriosos.

Sin embargo, se había movido. Uno de sus costados acababa de levantarse.

El miedo —una involuntaria superstición— se adueñó de Barbagrís. Dio un paso atrás y se descolgó el rifle. Al mismo tiempo, el conejo volvió a moverse y su matador se descubrió.

Saliendo velozmente de debajo del conejo apareció un armiño, que encogía el cuerpo en su prisa por escapar. Su pelaje marrón estaba enriquecido con la sangre del conejo, y su pequeño hocico se alzó hacia Barbagrís cubierto de sangre. Este lo mató de un tiro antes de que pudiera hacer otro movimiento.

Las vacas se agitaron y patearon. Como juguetes mecánicos, las figuras que se hallaban entre los brotes de coles enderezaron la espalda. Los pájaros se elevaron de los tejados. El gong del cuartel de la guardia dejó oír su grave sonido, tal como Barbagrís había pedido que se hiciera. Un grupo de gente se congregó junto a los graneros, como si quisieran combinar su escaso sentido de la vista.

—Maldita sea, no hay motivo para alarmarse —gruñó Barbagrís. Pero se dio cuenta de que su involuntario disparo había sido una equivocación; tendría que haber matado al armiño con la culata del rifle. El ruido de una detonación siempre provocaba la alarma.

Un destacamento de activos sesentones que acababa de formarse inició la marcha hacia él, blandiendo estacas de diversas descripciones. A pesar de su irritación, tuvo que admitir que el mecanismo había funcionado con gran eficacia. Aún había mucha vida en la aldea.

—¡No pasa nada! —gritó, agitando los brazos por encima de la cabeza mientras se dirigía a su encuentro—, ¡no pasa nada! He sido atacado por un armiño solitario, eso es todo. Podéis regresar a vuestras casas.

Charley Samuels era uno de ellos, un robusto hombre-tón de piel cetrina; traía su zorro domesticado, «Isaac», ata-